MÁS QUE UN AYER LEJANO. A PROPÓSITO DE UN LIBRO DE OSCAR FONSECA Y OTRO DE EUGENIA IBARRA

Iván Molina Jiménez
Universidad de Costa Rica

El 10 de febrero de 1988, el periódico de La Nación publicó en un ángulo de su primera plana, un título intrigante, ilustrado con el dibujo de un pensativo cavernícola: "Ticos de hace más de 50 mil años". El artículo correspondiente informaba de un hallazgo muy interesante: cerca del volcán Arenal, la NASA acababa de detectar, mediante el empleo de fotografías infrarrojas e imágenes de radar de banda,

> "las que podrían ser las huellas de pies humanos más antiguas del mundo... Encontraron, además, localidades prehistóricas, caminos y áreas de horticultura, así como restos de lava sobre poblaciones que, al parecer, fueron habitadas por el hombre..." [1]

El encabezado, sin duda ingenioso, delata a la vez una característica esencial de la idiosincracia tica: su escasa consciencia histórica. La sociedad costarricense, que vive desde el siglo XIX en un constante y visible proceso de extroversión cultural, es una devota a ultranza del presente. El pasado, en su óptica, está destinado al olvido, por eso se deshace velozmente de cuanto sea viejo (libros, trapos, trastos, adornos o edificios); y cuando se atreve a explorar ayeres, los otea desde el espejo de lo actual. Este es el difícil terreno en que levantan sus tiendas la Etnohistoria y la Arqueología, y en el que se abren paso dos importantes libros, escritos por Eugenia Ibarra y Oscar Fonseca. [2]

La primera civilización costarricense

El libro del arqueólogo Oscar Fonseca Zamora es, por el período que cubre y el tema que trata, el volumen inicial de la "Colección Historia de Costa Rica" que elabora el Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Costa Rica. La obra de 260 páginas está abundantemente ilustrada con mapas, dibujos y fotografías, y ofrece al lector dos valiosos

auxilios: una bibliografía escogida según distintos tópicos y un amplio glosario de términos técnicos, metodológicos y teóricos. Este estudio, editado en 1992, fue distinguido con el Premio Nacional "Aquileo Echeverría", en la rama de Historia, correspondiente a ese año.

El galardón es merecido. El volumen de Fonseca Zamora es un esfuerzo serio y sistemático por caracterizar las sociedades que se asentaron en el territorio al que hoy se llama Costa Rica, entre el año 12.000 antes de Cristo y las vísperas de la venida de los españoles, en el siglo XVI. El autor, que parte de una crítica de las versiones tradicionales acerca del "pasado antiguo" costarricense, ofrece una versión renovada de su desarrollo. El énfasis en el análisis de los procesos de cambio, se aúna con el desvelo por explorar el vínculo entre las transformaciones culturales y las económicas y sociales.

El caso de Costa Rica es ubicado en un contexto espacial más amplio, única vía para identificar la importancia y la índole de las interacciones con las culturas cercanas, en especial las de Nicaragua, Panamá y el Caribe, y en ocasiones con otras distantes, localizadas en México, Colombia y Ecuador. La comparación permite a la vez enfrentar apropiadamente la escasez de evidencia, que se agrava con la lejanía cronológica. El examen de la experiencia costarricense a partir de los hallazgos arqueológicos alcanzados en países vecinos, es un expediente que Fonseca Zamora utiliza de manera cuidadosa y creativa.

Historia antigua está dividida en cuatro capítulos. El primero es un balance teórico, que precisa la problemática de la obra. El segundo analiza la sociedad comunitaria apropiadora, de los cazadores de megafauna (12.000-8.000 a.C.) a los recolectores y domesticadores especializados (4.000-1.000 a.C.). El tercero examina la sociedad tribal productora, con sus agricultores primitivos (1.000-500 a.C.) y especializados (500 a.C.-500 d.C.), en cuyo seno surgió el modo de vida cacical. El último capítulo caracteriza los cacicazgos del período 800-1550 d.C., culminación de la civilización antigua costarricense, y detalla cómo era su estructura social y política, su economía (basada en la reciprocidad, redistribución e intercambio) y su ideología y cosmovisión.

El "Epílogo", breve en extremo, es un espacio para reflexionar acerca de la herencia cultural; en palabras de Oscar Fonseca,

> "la experiencia de nuestras sociedades antiguas fue rica y compleja...fueron capaces de entender, conocer y dominar el bosque tropical...Su conocimiento, por tanto, es fundamental, en la actualidad, para asegurar nuestra vida futura...Ninguna parte de nuestro

proceso histórico puede ser negada o relegada, sin que nos condenemos nosotros mismos a una simplificación subjetiva de lo que realmente hemos sido, somos y podemos ser. La historia antigua de Costa Rica ha sido, prejuiciadamente, olvidada. Nuestro deseo es rescatarla, como parte esencial de nuestra herencia cultural, puesto que está presente en la cultura híbrida que encarnamos." [3]

La principal limitación del libro de Fonseca Zamora, desde la perspectiva del lector no especialista, consiste en que todavía no alcanza el grado de síntesis. La obra exige del que la lee moverse a la vez entre varias dimensiones de distinto tipo y entrecruzadas: una es la de los datos, en su mayoría vestigios materiales, que conforman un alto porcentaje de las ilustraciones; otra es la de los métodos y la teoría, asociados con la obtención y la interpretación de la evidencia; y la última es la del análisis de complejos procesos históricos, en un extenso período que cubre casi 14.000 años.

La diferenciación y separación de esas tres dimensiones es -en contraste- una característica usual en las obras históricas. La diferencia obedece quizá a que la Historia, desde un inicio, se distinguió por una orientación literaria y narrativa. La Arqueología, aparte de carecer de tal trasfondo, enfrenta el problema de que elabora su conocimiento a partir de evidencias a veces muy fragmentarias, y con imprecisiones cronológicas de varios siglos o milenios. [4] Todo esto es visible en la excelente figura de la página 210, que ubica los vestigios materiales en los planos temporal y geográfico.

La Arqueología costarricense es una disciplina en construcción, y el volumen de Oscar Fonseca lo patentiza; leerlo es como visitar una casa en la que todo está expuesto, de las varillas, a las tuberías y a los cables. Esto es una enorme ventaja para el especialista, al que se le facilita la ardua tarea de evaluar la solidez de la edificación, pero no para el lector común y corriente, más interesado en conocer la evolución de las sociedades antiguas, que los detalles técnicos de cómo se alcanzó tal conocimiento. El esfuerzo por superar los límites de la academia pasa por el aprendizaje de negociar con el "gran público". [5]

El brillante libro de Oscar Fonseca Zamora, en todo caso, es un valioso trabajo científico y, en cuanto tal, no está desprovisto de cierta justicia poética: con su profundidad temporal, capaz eventualmente de producir vértigo, se adentra en un pasado fascinante y desconocido. La obra, en el curso de este viaje por bosques y culturas que desafían la imagi-

nación, le demuestra a los ticos actuales, tan ufanos de sí mismos, que su huella, a la par de las que dejaron los que recorrieron y ocuparon el territorio de Costa Rica miles de años atrás, con dificultad alcanza el tamaño de un grano de arena.

Las sociedades cacicales

La celebración oficial del V centenario del "descubrimiento" de América provocó en Costa Rica un debate, a veces ardoroso, entre los que defienden la conquista española porque trajo la "civilización" al Nuevo Mundo, y los que asocian la venida de los europeos con un extenso genocidio. El trasfondo ideológico y político que se deriva de una u otra posición es diverso, y va de la apología de ciertos programas actuales de evangelización a encendidas convocatorias para enfrentar, con las armas en la mano, a un imperialismo cuya sede ya no es el Madrid de Felipe II, sino el Washington de Bush (y ahora, el de Clinton). [6]

El examen de una parte significativa de los artículos de periódico, de los ensayos académicos y de los libros publicados sobre el V centenario devela un conocimiento escaso y limitado de las sociedades aborígenes, en especial de la época anterior a la conquista. En este contexto, el libro de Eugenia Ibarra Rojas, el estudio más serio, completo y actualizado de que se dispone sobre el universo cacical de Costa Rica en el siglo XVI, pasó inadvertido y rara vez se le cita, pese a que empezó a circular en 1990 y ganó el premio "Cleto González Víquez", que otorga la Academia de Geografía e Historia.

Las sociedades cacicales está organizado en cinco capítulos: en el primero, se analiza la ocupación del territorio por los distintos cacicazgos y los diversos tipos de asentamientos; en el segundo, se caracteriza el sistema productivo, sin olvidar las distintas formas de intercambio y el papel jugado por la guerra; en el tercero, al explorar la estructura de poder y el parentesco, se traza la jerarquía prevaleciente entre los caciques; en el cuarto, se prospecta la cosmovisión del mundo indígena y las bases del pensamiento religioso; y en el quinto, se sopesa el impacto que tuvo la conquista europea.

El estudio de Ibarra Rojas tiene por eje los conceptos de "modo de vida" y de "cultura", con los cuales se trata de explicar el complejo funcionamiento de las sociedades cacicales. La autora, que basa su análisis en variadas fuentes, en cuenta vestigios materiales, utiliza imaginativamente la documentación dejada por los españoles, y se afana por ubicar el

caso de Costa Rica en un contexto continental. El enfoque etnohistórico que distingue a la obra se define así:

> "la etnohistoria, cuyo campo se sitúa entre la antropología y la historia, tiene como objeto de estudio la reconstrucción del modo de vida de las sociedades indígenas en el momento de contacto con los europeos, y la explicación de la dinámica social que distinguió a esas sociedades durante los procesos de conquista y colonizacion, con base predominantemente en los escritos de la época (siglo XVI y principios del XVII) y con la ayuda de la antropología y de la historia." [7]

El libro, cuyo estilo sencillo y claro es una invitación a la lectura, está abundantemente ilustrado: mapas, fotos, grabados, y varios gráficos y cuadros. La bibliografía comentada, que figura al final, es una valiosa ayuda para las personas (en especial profesores de secundaria y universitarios) interesadas en ampliar sobre el tema. El glosario es otro expediente útil, aunque en una edición ulterior, convendría agregar una lista de lugares y caciques. El anexo, acerca del vestuario indígena, se podría incluir perfectamente en el capítulo I.

La conclusión principal de *Las sociedades cacicales*, en las propias palabras de Ibarra, es que tal obra ofrece

> "...una visión diferente de la tradicional acerca de la historia de Costa Rica en el siglo XVI...ya no es posible seguir afirmando que a la llegada de los españoles, Costa Rica estaba habitada únicamente por tres grupos indígenas brunkas, chorotegas y huetares. Tampoco...que el territorio estaba desocupado o, a lo sumo, habitado por 27.200 indios (como lo calculó el obispo Thiel). Las relaciones establecidas entre 400.000 indios y entre ellos y los de otras regiones americanas también hacen pensar en un panorama de nutrida actividad humana en los diversos campos que constituían su vida cotidiana. Esto permitió que los españoles se encontraran con sociedades cacicales complejas, que habían desarrollado todo un sistema sociocultural propio...[por lo que] no eran el resultado de influencias mesoamericanas y sudamericanas, como se ha difundido." [8]

La etnohistoriadora Eugenia Ibarra Rojas, a diferencia de otros, combina el trabajo académico constante y riguroso -del cual es producto su libro- con un decidido compromiso social, evidente en su disposición para criticar las diversas formas de discriminación étnica que la cultura

tica, orgullosa de su ascendencia blanca y europea, admite y cultiva. La estudiosa disciplinada, seria y entusiasta, con una producción intelectual ya prolífica, y siempre ansiosa por explorar nuevas fuentes y conocer otros enfoques, es a la vez una ciudadana responsable, cuya voz no vacila frente a la injusticia.

La actitud comprometida de Ibarra se transparenta en su libro, pese a su objetivo examen de la cultura de las sociedades cacicales; al final de la obra, su simpatía por ese universo indígena cristaliza en una polémica afirmación:

> "...los costarricenses de hoy son miembros de una sociedad que tuvo sus orígenes principalmente en la fuerza de trabajo indígena, en las espaldas sudorosas de aquellos hombres que la impulsaron y la sostuvieron." [9]

El eje del análisis histórico es siempre el cambio social, que obliga a considerar los efectos de largo plazo de las diversas transformaciones y, lo que suele ser más difícil, las rupturas acaecidas en el curso de aparentes continuidades. ¿Cuánto le debe la Costa Rica de fines del siglo XX a las sociedades cacicales de vísperas de la conquista? La pregunta, atractiva para todo filósofo de la historia, se podría contestar con una lista de todo lo que califica como herencia indígena, del uso de plantas medicinales a la preparación de ciertas comidas, y del nombre de lugares, cosas y animales, al fenotipo.

La investigación histórica no avala, sin embargo, la aseveración de Ibarra. La invasión española, al desarticular el mundo aborigen, provocó una profunda ruptura histórica, que se patentizó en una baja abrupta en la población indígena (de un 80 a un 14 por ciento de los habitantes de Costa Rica entre 1700 y 1801), y en la configuración, en el Valle Central del siglo XVIII, de un nuevo tipo de sociedad. Las espaldas sudorosas de las que es deudor el *tico* actual son las de los campesinos mestizos, libres y con un acceso diferenciado al uso de la tierra, los cuales, a partir de 1750 especialmente, empezaron a levantar, sobre las cenizas de los vencidos y sin atender a sus fantasmas, chácaras y trapiches, potreros y campos de maíz, esperanzas e identidades. [10]

La Costa Rica del siglo XVI, escindida en diversos cacicazgos que tenían vínculos muy diversos entre sí y con los asentamientos de parajes vecinos, es hoy mejor conocida gracias a la investigación de Ibarra Rojas. El lector fastidiado por los polemistas vacíos y superficiales que florecieron con la celebración oficial del V centenario del "descubrimiento"

de América, encontrará en *Las sociedades cacicales* una vía apropiada para viajar quinientos años atrás y formar sus propias opiniones. Eugenia le espera, después de la primera página, con una sonrisa y su entusiasmo, peligrosamente contagioso.

Notas

1. La Nación, 10 de febrero de 1988, p. 2 A. Palmer, Steven, *"A Liberal Discipline: Inventing Nations in Guatemala and Costa Rica 1870-1900"* (Ph. D. Thesis, Columbia University, 1990), pp. iii y 8-9.

2. Ibarra, Eugenia, *Las sociedades cacicales de Costa Rica (siglo XVI)* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1990). Fonseca, Oscar, *Historia antigua de Costa Rica. Surgimiento y caracterización de la primera civilización costarricense.* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1992).

3. Fonseca, *Historia antigua*, pp. 219-220.

4. Daniel, Glyn, *Historia de la arqueología. De los anticuarios a V.* Gordon Childe (Madrid, Alianza Editorial, 1974).

5. Para una interesante discusión al respecto, véase: Duby, Georges, *La historia continúa.* (Madrid, Editorial Debate, 1992), pp. 120-125.

6. Para una útil recopilación de esos artículos periodísticos, véase: Quesada, Juan Rafael y Leandro, Harold., comps., España y América. *Reflexiones en torno al Descubrimiento y la Conquista.* (San José, Publicaciones Página Abierta, 1989).

7. Ibarra, *Las sociedades cacicales*, p. 13.

8. Ibarra, *Las sociedades cacicales*, p. 199.

9. Ibarra, Las sociedades cacicales, pp. 199-200.

10. Para un análisis del fracaso de la Costa Rica basada en la explotación de la mano de obra indígena, véase: Quirós, Claudia, *La era de la encomienda. (San* José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1990). *El desarrollo de una sociedad de campesinos y comerciantes en el Valle Central del siglo XVIII,* se examina en Molina Jiménez, Iván, Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1991).